

ENTRE GLOBALIZACIÓN Y REGIÓN LAS CIENCIAS SOCIALES Y LA PRODUCCIÓN Y CIRCULACIÓN DE CONOCIMIENTOS EN AMÉRICA LATINA

Hebe VESSURI*

INTRODUCCIÓN: ¿UNA NUEVA GEOGRAFÍA DEL CONOCIMIENTO?

En años recientes las tensiones entre concepciones trascendentales de la verdad y perspectivas localistas sobre la producción, significado y evaluación del conocimiento científico fueron evolucionando hacia orientaciones y preferencias que han venido a reconfigurar la topografía de la producción y difusión de la ciencia. Una serie de transformaciones científicas, tecnológicas e institucionales han generado flujos culturales cuya extensión, intensidad, diversidad y rápida difusión en el presente alteran una vez más los equilibrios. La perspectiva geográfica en la ciencia a partir de los años setenta, como bien señala Livingstone (1995-2003), ha puesto el énfasis en interpretarla como una variedad de prácticas cuyas identidades conceptuales son el logro de patrones locales de formación y socialización. Una expresión de esto es el acento en el trabajo de campo en los estudios sociales de la ciencia, para observar directamente procesos en marcha, etnografías de laboratorios, etcétera (Shapin, 1998).

Estos desarrollos rompieron con la particular combinación local-universal típica de la ciencia moderna, con su énfasis en condiciones *controladas*, vista a menudo como la principal, quizás única respuesta al desafío de crear conocimiento ‘cosmopolita’ de validez universal. La ciencia moderna requiere interacciones e infraestructura (visitas a otros laboratorios, estandarización parcial de las condiciones para mejorar la replicación, codificación de medidas

* Antropóloga social por la Universidad de Oxford, Inglaterra. Investigadora emérita del Instituto de Investigaciones Científicas (IVIC) en el Centro de Estudios Sociales de la Ciencia. Actualmente es investigadora del Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental (CIGA), UNAM.

Agradezco la lectura y comentarios generosos de Leandro Rodríguez Medina a una versión anterior. Por supuesto, no es responsable de mis errores ni sesgos de interpretación.

y protocolos) y la utilización del conocimiento científico está condicionada a la existencia o construcción de una infraestructura relevante. Este es un problema de la ciencia misma porque, paradójicamente, la calidad del conocimiento general puede llegar a depender críticamente de lo que sucede en un sitio específico, aunque la ideología de las pretensiones de conocimiento universal y de aplicabilidad generalizada de la ciencia moderna se desinteresa de lo que ocurre localmente. La noción canónica de verdad ha correspondido a una visión sin referente de lugar, y la pretensión de que el conocimiento pudiera estar situado geográficamente por mucho tiempo fue tomada ampliamente como una manera de decir que el conocimiento en cuestión no era auténticamente verdadero.

Si bien el conocimiento científico es producido localmente, y en su producción, transporte y universalización participan actores heterogéneos, por distintas razones se desarrollan versiones simplificadas, auto-consistentes, del segmento de conocimiento particular de que se trate, ocultando, desviando o ignorando pedazos significativos de conocimiento, especialmente si entran en tensión o contradicción con esas versiones. De esta forma, muchos actores son “borrados” de la historia que es finalmente narrada, junto con partes significativas de los conocimientos, con consecuencias no sólo respecto al reconocimiento de la coautoría sino, más importante, de los saberes que perduran y se legitiman. A lo largo de la historia, la ignorancia ha sido utilizada como recurso, y aspectos del conocimiento han sido desviados, oscurecidos, ocultados o magnificados, haciendo crecer el ámbito de lo que permanece ininteligible (Rayner, 2012). El cultivo de esos “desconocidos estratégicos” sigue siendo un recurso fundamental para quienes están en posiciones de poder y para los sometidos dentro de un mismo campo disciplinario. Cuando los procesos de descarte o desplazamiento envuelven a países, grupos o regiones del mundo es que surgen las asimetrías, desigualdades, dependencias e interdependencias tan debatidas en el mundo contemporáneo.

El concepto de “conocimiento socialmente robusto” marcó un punto de inflexión en los debates sobre la democratización de la ciencia desde al menos 2001, cuando fue formulado por Nowotny, Scott y Gibbons (2001), como parte de su noción de ‘ciencia del modo 2’. Sin embargo, aunque el discurso se refería a la producción del conocimiento en el contexto de aplicación en sociedades industriales avanzadas, la heterogeneidad de la producción de conocimiento no es un rasgo exclusivo del ‘modo 2’, sino que puede encontrarse en modos de producción del conocimiento en todas las eras y lugares. Esta proposición es particularmente importante cuando se considera la situación de países no occidentales y/o nuevos países multiculturales en proceso de ‘cientificación’ (Rip, 1998). Los novedosos mecanismos institucionales que procesan el conocimiento y los valores e intereses que intervienen en el proceso en el con-

texto de aplicación comprenden normalmente mesas redondas, conferencias de consenso, comités de ética y otros escenarios similares, que proporcionan marcos para el procesamiento discursivo de cuestiones relacionadas con la ciencia y la tecnología entre públicos más amplios. De hecho, estos espacios no pueden controlar la producción del conocimiento ni pueden ser representativos de valores e intereses sociales. No obstante, sí pueden contribuir a que se entiendan mejor las cuestiones científicas del lado del público lego, y a una mejor comprensión de las preocupaciones legas con respecto al conocimiento científico y sus implicaciones sociales. Como bien plantea Weingart (2008), en este proceso todos ellos habrán de cambiar.

Este debate comenzó en los sesenta, cuando por primera vez el daño al medio ambiente, resultante del progreso tecnológico, se convirtió en un tema controvertido. La actual inquietud epistemológica en el seno de la ciencia pasa por buscar producir conocimiento para la sustentabilidad, retomando interrogantes y redefiniendo límites de inclusión y exclusión, de interacciones y aperturas a otras formas de conocimiento y fuentes de información que habían sido arrinconadas por el auge de la ciencia experimental desde el siglo XIX. Por esta vía, las prácticas transformadas de la ciencia no alcanzan sólo a las ciencias ambientales. El interés por el papel de las configuraciones espaciales y temporales en la conformación de la ciencia en una variedad de escalas ha asumido proporciones notables.

Se observa así un intento sostenido de cuestionar presunciones anteriores sobre la naturaleza de la ciencia y el conocimiento científico como un fenómeno independiente del lugar de producción, ligado a un tema crecientemente relevante como es el análisis de la brecha de conocimiento entre países ricos y pobres. La ciencia empezó a ser vista en el campo de los estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS) ya no como algo conceptual y metodológicamente unificado, que desde el siglo XVII se había vuelto canónico, sino como una variedad de prácticas cuyas identidades conceptuales eran los logros de patrones locales de entrenamiento y socialización (Shapin & Schaffer, 1985). Si bien por un tiempo el poder y las estructuras políticas asimétricas siguieron siendo ignorados en los sitios centrales del campo, empezaron a crecer los ejemplos que ilustran la fecundidad del giro geográfico para entender la producción y circulación del conocimiento científico.¹

La problemática de las asimetrías de conocimiento ha sido abordada desde diferentes ángulos tanto por investigadores del Norte como del Sur, marcada por el trabajo de sociólogos e historiadores de la ciencia.² Entre las implicaciones

¹ Naylor, 2005; Finnegan, 2008; Smith, Crosby and Agar, 1998.

² Bloor, 1976; Raj, 2007; Rashed, 1997.

de las asimetrías observables en el ámbito del conocimiento, suele denunciarse la invisibilidad y marginalidad absoluta o relativa de la producción del conocimiento en distintos ámbitos que perfilan el llamado “Sur Global”, la explotación cognitiva de la producción científica en las nuevas regiones globales, la subordinación académica de los centros periféricos en el sur global, etc.³ Estos temas han sido explorados desde diversos enfoques: ciencia e imperio, teoría de la dependencia, filosofía de la liberación, crítica del orientalismo, centro-periferia, corrientes postcoloniales en torno a las ciencias del desarrollo (agronomía, sociología rural, antropología...), teoría postcolonial, entre otros.⁴ En general, se ha argumentado que su peso en el intento de modificar las narrativas dominantes del ámbito internacional que sostienen versiones homogéneas del desarrollo, ligadas a su predominio económico y técnico ha sido limitado. Sin embargo, ejemplos de la interacción, como son los múltiples flujos y grados variados de penetración del poder latino en los Estados Unidos, que influyen de formas sutiles en la composición demográfica contemporánea, los medios de comunicación de masas, la educación, la ciencia y la tecnologías, los negocios y la innovación de ese país (Rodríguez Medina y Guy Emerson, 2015), o lo que Giddens (2003) llama la *colonización inversa*, son cada vez más frecuentes lo que significa que países no occidentales influyen también acentuadamente en pautas de Occidente.

Hasta el pasado reciente no era frecuente que los cambios geopolíticos se asociaran a transformaciones en la manera en que se produce el conocimiento y se crea el discurso científico. No obstante, dado que especialmente las ciencias sociales y humanas (CSH) están primordialmente involucradas en producir las herramientas analíticas y los puntos de vista, los conceptos y las agendas constitutivos de las políticas y discursos geopolíticos, ellas debieran tener considerable peso normativo en el campo de ese pensamiento y acción, cumpliendo un papel relevante que ha sido descuidado (Sörlin y Vessuri, 2007). En particular las sociedades en proceso de globalización necesitan comprender los prerrequisitos sociales y culturales que permiten explorar una diversidad de interpretaciones de los diferentes mundos sociales que conforman la realidad (Rodríguez Medina, 2013; Keim *et al.*, 2014).

Es evidente que hay grupos significativos de investigación (CSH) en las regiones globales, entre otras en América Latina. La existencia de comunidades de CSH, que definen agendas, políticas y enfoques de investigación, debe

³ Kreimer y Zukerfeld, 2015; Beigel y Sabea, 2014.

⁴ Una extensa literatura proveniente de distintos rincones del mundo elabora reflexiones y análisis en función de las relaciones desiguales. Para algunas referencias véase Vessuri y Bueno Castellano, 2015.

considerarse como un factor interviniente en los cambios geopolíticos en la fase actual, independientemente de que algunos consideren que los logros de conocimiento y visibilidad producidos aún son insuficientes (Gingras y Mosbah-Natanson, 2010). Entre otras cosas, vale la pena considerar la articulación de esas agendas o cómo las trayectorias de quienes se acoplan a agendas internacionales se diferencian de las de quienes se enfocan en temas y en niveles locales (nacionales) o regionales.

En un contexto epistemológico en el cual crecen los cuestionamientos a los supuestos históricos de las modernas tradiciones científicas, la mixtura de teorías y políticas hoy disponible simplemente no parece reflejar la creciente internacionalización de las CSH (Schmidt y Radaelli, 2004). Usualmente las CSH no forman parte de una ‘política científica específica’ aunque, como lo señalan Weingart y Schwechheimer (2007), deberían estar bajo algún encabezado específico por su fuerte especificidad, que las diferencia de las ciencias naturales y exactas o de los campos de las ingenierías. En América Latina, las CSH están fragmentadas en grupos de interés y valoración diferenciados. El discurso de la integración no ha dado lugar a instancias de políticas de CyT regionales. ¿Será por eso precisamente que es esperable una baja presencia y peso de las CSH en esos niveles?

LAS CSH Y LA IDEA DE INTEGRACIÓN EN LA DIMENSIÓN REGIONAL LATINOAMERICANA

En los países latinoamericanos en distintos momentos surgieron élites que redibujaron las estructuras locales y regionales de poder y de desigualdad en procesos de articulación estratificada en los ámbitos regional e internacional también cambiantes. Las burguesías empresariales en Brasil y Argentina en las primeras décadas del siglo XX, la burguesía del café y después de la droga en Colombia a lo largo del siglo XX, la boliburguesía en Venezuela en lo que va de siglo XXI son ejemplos de procesos que una y otra vez colocaron en el tapete nuevos códigos sociales y normas de prestigio y legitimación, redefiniendo en cada caso el conocimiento “relevante” y el lugar en el mundo de los países particulares. Pero no sólo las élites crearon visiones de mundo. Los movimientos contestatarios de base también lo hicieron, como en la revolución zapatista de comienzos del siglo XX y la rebelión zapatista de finales del mismo siglo, las ligas camponesas y más recientemente el movimiento de los “sin tierra” en Brasil, las luchas de los sectores populares de Argentina, o la revolución cubana. En estos y otros diseños sociales, culturales y políticos las CSH participaron de maneras *sui generis*, tanto en la legitimación de las nuevas reglas del juego social, como en su crítica.

Resulta especialmente llamativa la presencia persistente de la idea de identidad latinoamericana, de un idioma común con las variantes español-portugués, y la fuerza que tuvo en distintos momentos de la historia la noción de integración regional, tanto como un proceso espacial y táctico, así como una construcción social discursiva. La idea de la integración surge con la fundación misma de los Estados independientes sobre las ruinas del imperio español, como una respuesta a la fragilidad de los nuevos países.⁵ A lo largo de los siglos XIX y XX, la ambición de integración se dio de dos modos contradictorios: el bolivarianismo, referido a la idea de Bolívar de una nación de naciones que prefigura la integración política con delegación de poder a escala continental, y el panamericanismo, que se desarrolló a escala americana, desde Alaska hasta Tierra del Fuego y pretendió promover una alianza económica, inicialmente para luchar contra las ambiciones imperialistas de las antiguas potencias imperiales, y más tarde para satisfacer las aspiraciones hegemónicas de Estados Unidos (Sheinin, 2000; Bruslé, 2015). La tensión entre las dos visiones fue permanente en la historia sudamericana. Desde el Congreso Anfictiónico de Panamá convocado por Simón Bolívar en 1826, los suramericanos se reunieron en varias ocasiones aunque los esfuerzos resultaron frustrados (Altmann Borbón, 2015). Estas dificultades junto con los logros de la Doctrina Monroe permitieron que Estados Unidos se posicionara como socio dominante en la región. En 1899 Estados Unidos convocó la Primera Conferencia Panamericana (1901) que conformó paulatinamente un sistema de cooperación comercial y técnica bajo su hegemonía.

Si bien en el período de entreguerras fueron surgiendo agencias relacionadas con distintos campos científicos, técnicos y culturales, como la Oficina Panamericana de la Salud (OPS) en 1902, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH) en 1928, el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA) en 1942, etc., fue después de la Segunda Guerra Mundial que, ya en un nuevo orden mundial, se crearon agencias regionales para apoyar las bases del desarrollo económico y político de las naciones latinoamericanas. La economía, la ciencia política, la sociología, la antropología y la educación estuvieron presentes en la conformación de los planes de desarrollo. Surgieron así la Organización de los Estados Americanos (OEA-1948) y la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (CEPAL-1948), con énfasis en el desarrollo de las capacidades nacionales. A medida que las ciencias se fueron institucionalizando en la región creció también el asociacionismo regional de las disciplinas científicas,

⁵ Simón Bolívar fue uno de los promotores de la integración continental. En 1815, en su Carta de Jamaica, describió la integración como una “idea grandiosa” (citado en Perrier Bruslé, 2015).

como en el caso de la Asociación Latinoamericana de Fisiología Experimental, la de Nutrición, y las redes de UNESCO, entre otras.⁶

En la oficina regional de la UNESCO en Montevideo, debido a que su misión específica era las ciencias básicas, las ciencias sociales y humanas fueron absolutamente marginadas, entrando apenas a ser consideradas lateralmente en los programas de popularización de la ciencia y de la cultura de paz. Si bien en la oficina regional de Caracas del Instituto Internacional para la Educación Superior de América Latina y el Caribe (IESALC) las ciencias sociales tuvieron mayor relevancia, estuvieron asociadas a la problemática de la educación superior. La UNESCO concentró en FLACSO y CLACSO la actividad en ciencias sociales para la región. El desarrollo de estos programas desde 1957 y 1967 respectivamente estimuló agendas de investigación comunes y en menor proporción comparativas para las ciencias sociales en el marco regional.

A partir de los años noventa, ya en otro escenario internacional, el de la globalización, cobró fuerzas un nuevo auge de la integración desde el eje del panamericanismo. Se observa la presencia de una nueva ola de organizaciones regionales como el MERCOSUR (1991 [1985]). Sin embargo, por la persistente falta de voluntad política de los gobiernos para otorgar autoridad supranacional a los acuerdos y a las instituciones de la integración, las estructuras nacionales siguieron teniendo la primacía y continuaron debilitando la institucionalidad de los procesos de integración y su capacidad real de incidencia.

Una negligencia creciente por parte de los Estados Unidos hacia la región latinoamericana permitió un incremento de la autonomía regional y el surgimiento de nuevas tendencias en los Estados latinoamericanos que buscaban definir sus estrategias de relaciones exteriores con base en el interés nacional. La nueva política de Estados Unidos fue demasiado unilateral y arrogante con el predominio absoluto de la preocupación por la seguridad interna. A finales de los noventa, el interés de Estados Unidos por fomentar una gran zona comercial de libre comercio en las Américas (ALCA) enfrentó mucha resistencia de la opinión pública en América del Sur. La negativa de Brasil y del MERCOSUR de aceptar el ALCA fue uno de los principales obstáculos para su constitución y Estados Unidos se limitó así a establecer TLC bilaterales.

⁶ En especial, estuvieron las redes en biología (RELAB), física (RELAFI), matemáticas, química (RELACQ), astronomía (RELAA), ciencias de la tierra (REACT), Estudios de Posgrado en Planificación y Gestión de Ciencia y Tecnología (Red-POST), Científicos por la Paz y popularización de la ciencia (Red-POP), que se constituyeron en uno de los objetivos centrales del Programa de Ciencias Básicas de la Oficina Regional de C y T de la UNESCO en Montevideo (Barreiro y Davyt, 1999). Las actividades principales de las redes se relacionaron a la formación de recursos humanos, la colaboración en investigación y la identificación y promoción de instituciones que podían ofrecer formación e investigación de alto nivel en la región.

La integración regional fue repensada en los años 2000 y en la nueva forma de regionalismo postliberal se pasó de un énfasis en los aspectos económicos a un acento en lo político, donde la soberanía adquirió nueva relevancia. Una nueva idea de integración dentro de los moldes bolivarianos ganó impulso. En 2004 se creó la Comunidad Sudamericana de Naciones, que en 2008 se convertiría en la UNASUR, el ALBA (2004), y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) en 2010 (Comini y Frenkel, 2014; Sanahuja, 2010). En el ámbito del conocimiento, que es el que nos ocupa aquí, surgió la propuesta de crear un Espacio Regional de Educación Superior (ERES) en la agenda regional de manera tardía en 2007, cuando ya se conocían experiencias de otros bloques para competir por alumnos e inversiones a nivel global. La inclusión de la educación superior en la agenda de los gobiernos no surgió de la demanda interna, sino que fue una respuesta defensiva a los procesos de transnacionalización promovidos desde la OMC o desde acuerdos bilaterales. Sin embargo, los avances del MERCOSUR en este sentido se han reducido a fortalecer las capacidades nacionales.

En el caso de Brasil, el MERCOSUR le ha permitido conocer e identificar los recursos disponibles para atraerlos y suplir los déficits que su país tiene en materia de profesionales e investigadores, convirtiéndose paulatinamente en uno de los nuevos destinos de fuga de cerebros de la región. En el caso de Argentina, la experiencia nacional y regional adquirida en el proceso de acreditación le ha permitido posicionarse en el escenario regional como líder en la cooperación Sur-Sur con países de la UNASUR (Botto, 2015).

Las profundas asimetrías en materia de infraestructura educativa, de capacidad de gestión, de control de calidad y de estructura económica en la región se ampliaron debido a los cambios en el contexto regional global, con una mayor oferta de servicios transnacionales en la región; y la proyección de Brasil como líder global, significó el traslado de su apoyo a las iniciativas regionales hacia la cooperación bilateral dirigida a Sudáfrica y América Central.

Estos desarrollos, que reflejan visiones con sus respectivas promesas y debilidades, nos invitan a hacernos preguntas como ¿Qué relación ha tenido el conocimiento social producido con los marcos políticos regionales? ¿Las organizaciones regionales fueron dinamizadoras, aun con recursos insuficientes, del redireccionamiento de las políticas públicas nacionales? ¿O más bien el impulso lo continuó dando el Estado-nación y sus estructuras de financiamiento? ¿El marco regional, aun cuando renovado, carece de relevancia práctica en relación con el modelo de conocimiento internacional vigente bajo la hegemonía euro-norteamericana? ¿Lo regional tuvo alguna vez sentido en la producción y uso del conocimiento en América Latina?

La integración en la región se encuentra una vez más en proceso de definición. La existencia de distintas propuestas y esquemas de integración en marcha, los tratados de libre comercio entre países, los tratados de asociación con Europa y diversos proyectos de alcance latinoamericano y continental requieren decisiones sobre espacios políticos, económicos y sociales que reconozcan la pluralidad, el diálogo, la tolerancia y el respeto a la diversidad, al igual que la complementariedad entre las distintas formas de relacionarse de los países (Altmann Borbón, 2015). Es obvio que las políticas exteriores impactan en los procesos de integración; los arreglos subregionales se consolidan o, por el contrario, se fragmentan y las nuevas estrategias pueden abrir o cerrar oportunidades a espacios renovados de integración. En los procesos de integración participan actores externos así como organizaciones políticas y la sociedad civil. La heterogeneidad regional hace difícil considerar a América Latina como un todo unitario, tanto por las diferencias entre países como las que existen en el interior de los mismos (Bonilla y Álvarez, 2015). Hay una diversidad difícil de abarcar mediante fórmulas reduccionistas o dicotomías esquemáticas.

La producción y circulación de conocimientos en la región presentan continuidades y novedades tanto en el ámbito de *(a)* los conocimientos y conceptos, como de *(b)* las culturas académicas, *(c)* las redes, *(d)* las acciones (entendidas como prácticas y *(e)* los objetos. El acento en las diferencias y tensiones entre lo regional y lo global busca explorar la posibilidad de ‘superar’ lo nacional como anclaje en entornos institucionales y culturales Estado-céntricos particulares, con diferentes transiciones a lo internacional. Tomando el ejemplo de la antropología podemos hacer algunas observaciones con relación a su historia y a la circulación internacional de ideas y parámetros científicos relacionados con ella, a partir del reconocimiento básico del carácter implantado de la disciplina en la región.⁷ Las investigaciones sobre la región andina, así como sobre América Central, el Caribe y México, se beneficiaron de intercambios teóricos que conservaron una orientación histórica, dialogando con el marxismo y los estudios sobre el campesinado indígena, con presencia de autores importantes de la antropología norteamericana, entre otros Robert Redfield, Sol Tax, June Nash, Eric Wolf, Sidney Mintz. También se dio la influencia de la sociología francesa (Balandier) y de la antropología social inglesa, que se conjugaron con una línea propia de reflexiones construidas por autores de esos mismos países (Guillermo Bonfil Batalla, Rodolfo Stavenhagen, Pablo González Casanova,

⁷ En este breve resumen de la antropología social/etnología en la región latinoamericana, me apoyo libremente en el texto de Joan Pacheco de Oliveira, en su prólogo al libro de Alban Bensa, 2015.

Aníbal Quijano, entre otros). En las tierras bajas de América del Sur y en Brasil en particular, hubo influencias variadas, incluyendo el estructuralismo alemán y la escuela boasiana (Curt Nimuendajú, Herbert Baldus, Egon Schaden), la etnografía atórica de Alfred Métraux, el estructuralismo de Lévi-Strauss, el estructural funcionalismo (Florestan Fernandes), el debate americano sobre raza y aculturación (Charles Wagley y Eduardo Galvão), el evolucionismo cultural (Darcy Ribeiro), el marxismo, la sociología francesa y norteamericana (Roberto Cardoso de Oliveira).

No obstante, además de éstos, en los debates latinoamericanos, algunos temas virtualmente ignorados por los antropólogos de los contextos metropolitanos ocupaban un lugar destacado: los análisis teóricos para la investigación del contacto inter-étnico, el papel ético y político del antropólogo en el destino y la continuidad de las colectividades indígenas por él investigadas, así como los procesos de articulación social de las comunidades campesinas y marginales en la nación, la proletarización, la expulsión de la población de sus lugares ancestrales y las migraciones internas.⁸ En las últimas décadas, en un escenario marcado por la especialización progresiva de las áreas temáticas dentro de la antropología (que operan como “subdisciplinas”) así como por la internacionalización creciente de las ciencias sociales, una parte importante de los antropólogos fue absorbida por las redes transnacionales ya consolidadas de los estudios de áreas. Si por un lado esto contribuyó a ampliar el universo de pueblos y culturas sobre los cuales ya se dispone de datos recogidos con estándares “profesionales”, por otro lado generó un distanciamiento de este conjunto de autores y sus sucesores ante las preguntas y las tradiciones de investigación vigentes en la antropología latinoamericana hasta los setenta.

En el intento de entender lo que es una ciencia global (especialmente, una ciencia social global) como la que se plantea hoy con mayor fuerza que nunca, argumentamos que ella re-espacializa las disciplinas y conocimientos. ¿Qué queremos decir con esto? ¿De qué maneras la ciencia social global hace esa re-espacialización? ¿A nivel representacional (de las teorías) o pragmático (a través de la construcción de nuevos espacios)? ¿Es una labor exclusiva de la ciencia o ésta debe ‘abrirse’ y re-articularse para lograrlo? ¿Qué políticas públicas implica? ¿Qué mecanismos de legitimación y difusión desafía y cuáles propone como alternativa?

⁸ Como en el caso de Argentina, donde surgió una antropología que se planteaba la discusión de las ideas de formas de inclusión social de grupos marginados en la nación, formas de organización productivas variadas, poblaciones hasta entonces ignoradas por el cuerpo social, con autores como Santiago Bilbao, Hebe Vessuri, Eduardo Archetti, Leopoldo Bartolomé (Guber, 2002, 2007; Hermitte y Bartolomé, 1976).

El foco intermedio en el nivel regional permite pensar en cuestiones como: ¿Difiere una ciencia social regional de un espacio realmente global? ¿Lo contradice? ¿O más bien, la internacionalización facilita la integración regional? ¿Es la emergencia de una ciencia social regional un desafío o una precondition para el surgimiento o reconfiguración de una concepción global del espacio? Cada vez se puede apreciar mejor que regiones como América Latina, África, la propia Europa o cualquier otra son construcciones complejas e inestables. Las visiones del mundo en ellas pueden ser importantes categorías analíticas. En América Latina ha habido una visión del mundo ampliamente difundida de herencia compartida y destino común. ¿Por qué no cuajó en estrategias más firmes de integración regional?

Perrier Bruslé (2015) muestra cómo en el caso de Bolivia, la narrativa del “país de contacto”, que produce el pensamiento social en el momento de mayor angustia por la desaparición de Bolivia ante las amenazas que se ciernen sobre su supervivencia a partir de los años 30, atraviesa el siglo XX y perdura a principios del siglo XXI. Esta autora muestra cómo los pensadores integrados al aparato de estado en Bolivia, sobre todo en la Cancillería, crearon una imaginaria que fue persistente, después de un lapso en el que desapareció en la segunda mitad del siglo, inclusive cambiando de signo político cuando es retomada más recientemente, porque toca una ecuación no resuelta que relaciona su centralidad continental con su marginalidad y vulnerabilidad. El uso de imágenes por parte de pensadores de las ciencias sociales que buscaron enraizar en la región sudamericana objetivos nacionales es algo que se repite con frecuencia.

Por otro lado, un ejemplo de las tensiones entre visiones del mundo identitarias e integracionistas y las decisiones ideológico-políticas también resulta instructivo. Las políticas públicas del Estado mexicano en las últimas décadas corresponden a visión ideológica estratégica que ha implicado la toma de distancia respecto de América Latina para buscar insertarse en la competición internacional con la sola intermediación de los Estados Unidos. Como resultado de las políticas puestas en práctica, se observa un cierto distanciamiento oficial de América Latina desde los años 90 acompañado de una búsqueda de integración con los países de América del Norte a través del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá. La firma del TLCAN en 1994 inició una serie de acciones que tenían por objeto integrar la comunidad académica del hemisferio norte. Las ciencias sociales mexicanas empezaron a reflejar un cierto cambio de rumbo político en la década final del siglo, pero éste resultó ser menor a lo esperado y el avance de la cooperación académica ha sido modesto, parcelado, asimétrico y en la mayoría de los casos no institucionalizado. Entre 1993 y 2002 el número de estudiantes latinoamericanos de postsecundaria en

USA aumentó en un 50%. En 2000 con relación a la movilidad de estudiantes latinoamericanos en el exterior, México fue el que tenía más de ellos en países de habla inglesa.

La tradición que liga a México con América Latina sigue siendo fuerte y hay circuitos culturales y científicos en los que sus investigadores continúan participando de manera activa. En buena medida ello se da por el establecimiento de redes académicas y sobre todo la influencia de organizaciones de fuera de la región (la Unión Europea y países miembros de la Unión Europea como España, Francia y Alemania). Un estudio reciente sobre la cooperación científica entre la Unión Europea y América Latina en los Programas Marco 6 y 7 (Kreimer y Levin, 2014) ofrece evidencias muy sugerentes sobre la evolución reciente de esa cooperación. En particular, llama la atención observar el aumento de proyectos de CSH en la cooperación mexicana y colombiana con la Unión Europea. Si bien parecen predominar los proyectos en economía, especialmente sobre análisis y cambios de los mercados y sobre gerencia, se ha observado, especialmente para las ciencias duras, una pérdida de interés en proyectos dependientes de “condiciones locales”, tales como la posibilidad de obtener ganancias de condiciones locales como cultivos, suelos, clima, especies nativas, etc. Es como si las aplicaciones de los nuevos proyectos pudieran ser globalizados y volverse independientes de sus contextos originales. Lo curioso del caso es que en términos de la cantidad de proyectos de los países líderes de América Latina, su papel es particularmente importante estando lejos de ser meramente un fenómeno auxiliar. Argentina, Brasil y México tienen tantos proyectos como Alemania y Francia, los líderes, junto con Gran Bretaña, en la investigación europea. Medido por proyectos, Brasil sería el sexto país “europeo” y Argentina el séptimo. En términos de disciplinas, las CSH junto con las ingenierías constituyen casi la mitad de la participación latinoamericana en proyectos europeos.

Si bien el trabajo de Kreimer y Levin no da datos sobre los temas de los proyectos de CSH en el marco de esa cooperación, sí encuentran que en general los proyectos se han movido hacia “temas universales”. Como señalan los autores,

la situación es paradójica cuando se considera que las instituciones latinoamericanas promueven, a través de varios mecanismos, la participación de grupos de investigación en proyectos europeos, pero no analizan las consecuencias que tales colaboraciones tendrán sobre sus sociedades. De este modo, la contribución de los países latinoamericanos a los proyectos europeos creció de un 5% en el PM6 al 12% en el PM7 mientras que las contribuciones europeas han permanecido más o menos constantes (2014).

En las últimas décadas se ha conformado una cierta visión reduccionista de la internacionalización científica. Se habla de la voluntad de mejorar la calidad de la educación a nivel institucional y nacional, se observa la necesidad de construir la competitividad de la nación frente a los retos que provienen de los acuerdos comerciales internacionales, de adaptarse a los nuevos requerimientos del mercado laboral global, de lograr acreditación internacional para los programas educativos nacionales y, en un menor grado, asegurar que los estudiantes dominen lenguas extranjeras, adquieran conocimientos de culturas extranjeras y desarrollen sensibilidad intercultural. Se supone que dicha visión tiene un impacto en la producción de conocimientos y conceptos, pero no se plantea cómo se espera que el conocimiento producido y a producirse sea diferente al existente (De Wit *et al*, 2005).

Las prácticas de la investigación incluyen el papel de las colaboraciones, los públicos, la finalidad de las investigaciones, el problema de los idiomas, la duración de los trabajos de campo. ¿De qué manera elegimos nuestros objetos de investigación bajo la influencia de trayectorias disciplinarias específicas (antropología, sociología, economía, etc.) y a su vez cómo retroalimentan estas elecciones las representaciones de las relaciones norte/sur, o global/regional/local, la geopolítica de los conocimientos? ¿Qué supone elegir trabajar sobre el núcleo de la *big science* o sobre sus márgenes, sobre los actores dominantes o sobre los actores menos dotados (movilizaciones sociales, minorías, etc.)? ¿En qué medida nuestra práctica de estudio del conocimiento reproduce y renueva el dominio de un universalismo prejuiciado y elitista o expresa diferentes tradiciones de pensamiento que se encuentran en todas las civilizaciones y regiones?⁹ ¿Qué implicaciones tiene sobre los métodos de investigación el trabajar en los Sures y/o en las formas de inscripción en “hechos globales”?

A pesar de la larga historia de comunidades científicas fuera de los centros internacionales históricos, son pocas las que han tenido éxito en atenuar las desigualdades inter e intra-regionales, como Escandinavia, Japón, Canadá y Australia. Los productos de conocimiento resultantes en los varios *Sures* comparten los valores asimétricos de otras asimetrías y desigualdades observables en la estructuración misma del ámbito internacional. Y estos valores parecen reforzarse por un culto ampliado de la racionalidad, el utilitarismo, la productividad, el consumo, la democracia, los derechos humanos y la fuerza de una creciente homogeneización de los perfiles y desempeños de la investigación en las comunidades más fuertes y consolidadas. Inclusive en los casos en los que ya hay fragmentos de una infraestructura madura de I+D en países emergentes

⁹ Una revisión reciente de problemas de las humanidades y las ciencias puede encontrarse en el número especial dedicado al tema en *Isis*. Véase la Introducción de Bod y Kursell, 2015.

o no hegemónicos, las instituciones y flujos culturales hegemónicos revelan poseer profundas raíces históricas y están profusamente entremezclados en la producción científica, económica, política y social en esos contextos.

No obstante, el riesgo contrario es que se construyan otras ortodoxias homogeneizantes que busquen encerrar al conocimiento en camisas de fuerza de lo tradicional, lo alternativo, o lo local. La gran novedad que trae el siglo XXI es el reconocimiento de la enorme heterogeneidad en las prácticas de producción del conocimiento. Conservar la capacidad de reflexionar acerca de esos nuevos espacios y mantener permeables sus fronteras pareciera la única garantía de avanzar en el futuro.

¿CSH NACIONALES, REGIONALES O INTERNACIONALES EN UNA ERA GLOBAL?

En muchas disciplinas ha habido hace tiempo circuitos mundiales en los cuales circulan conocimientos particulares, aumentados y reformados en la actual era global. Los circuitos son ahora más grandes, “más densos” en el tráfico que transportan y más inmediatos y determinantes en sus efectos locales. Los grupos de investigación disciplinaria afiliados a las universidades son una fuerte fuerza de presión desde abajo, con sus lealtades divididas entre las comunidades profesionales internacionales en las que se enrolan y la institución de conocimiento local a la cual pertenecen. Cambios en la estructura de gobernanza institucional, la apertura de oficinas de relaciones internacionales y la multiplicación de acuerdos de cooperación son factores a tomar en cuenta. La educación online a través de fronteras nacionales acelera la penetración intercultural de las naciones y las instituciones de educación superior (Vessuri, 2011).

La soberanía del Estado-nación puede haber perdido su autoridad ética después de Auschwitz, o, más recientes y cercanos a nosotros, después de Rwanda, de “*la Noche de los Bastones Largos*,” de la muerte de Allende en La Moneda, y de Tlatelolco. Su soberanía política puede haberse comprometido y desplazado por algunas de las estructuras financieras de los mercados globales neoliberales, justo cuando su soberanía territorial se ha vuelto permeable a organizaciones no gubernamentales y a la (débil) aplicación de regímenes legales internacionales. Estas pérdidas de soberanía también se han manifestado en nuevas formaciones de compromiso que ejercen un sentido iracundo e imaginativo de pertenencia nacional entre poblaciones transnacionales y diaspóricas. Ahí están ahora dolidos, resentidos o indignados los venezolanos de Miami, como lo estuvieron antes los colombianos, centroamericanos, argentinos, chilenos, uruguayos en sus respectivas diásporas. Lo que Bhabha

(2010) llama “soberanía espectral” no es un resto del sistema clásico de naciones que ha sido resistente a las fuerzas transformadoras de las dictaduras, la globalización o el cosmopolitismo, es una constelación híbrida de afecto y efecto político: una semblanza del pasado a medida que pasa a la historia del presente. La soberanía espectral es producida por la condición asimétrica e intersticial de las disyunciones globales, y es absolutamente contemporánea con los intentos, desde la globalidad impulsada por actores específicos (multinacionales, OMC, tratados de libre comercio, etc.), de crear un cosmopolitismo de consumo basado en el mercado.

La actual dinámica de la internacionalización de las CSH es una espada de doble filo para América Latina. La movilidad de individuos talentosos corre el riesgo de erosionar la base de conocimientos de la región y drenar las capacidades de por sí insuficientes. Cada año la emigración se lleva parte considerable de la población mejor educada de la región. Por otro lado, la idea de una comunidad latinoamericana enfatiza la apertura a insumos de la región que introducen variedad en el sistema de investigación. Sin embargo, cuando tipos particulares de variedad y maneras ‘indígenas’ de producción de conocimiento reciben prioridad, la especificidad regional puede convertirse en una trampa más que en una oportunidad. ¿Qué pueden contribuir las CSH de la región a una comunidad global/regional? ¿Cosmopolitismo vernáculo y conocimiento interdisciplinario o contextualizado? ¿Variedad y apertura a formas heterogéneas de conocer? Como vimos, las CS latinoamericanas en la cooperación europea pudieran entenderse como siendo instrumentalizadas para el nuevo orden económico y social mundial, lo cual debiera ser evitado por empobrecedor. Sobre las CH, por su parte, puede hipotetizarse que tienen el potencial de ser efectivas tanto en la educación de las élites como de las masas —porque trabajan sobre problemas de representación, basadas en el estudio de teorías de lenguaje y de la semiótica: estructuralismo, análisis del discurso, postmodernismo, el nuevo historicismo.¹⁰

Si entendemos la estructura de conocimiento de las CSH en términos de una analogía con la estructura significativa del lenguaje (y el discurso), podemos argumentar que el conocimiento social y el humanístico son formas de acción *comunicativa*: modos de agencia dialógica entre los individuos y las disciplinas que son cruciales a las conversaciones democráticas de la humanidad. Las CSH participarían de esta manera en todas partes en la formación

¹⁰ Es preciso advertir que “el *giro lingüístico* se malentende con frecuencia como estimulando un relativismo cínico o textualismo: todo es un texto o una imagen, toda la realidad es un modo de construcción social, la historia pierde sus causas y consecuencias concretas; el juicio cultural y la interpretación crítica sufren de una provisionalidad o indecidibilidad avanzadas —todo vale” (Bhabha, 2010).

de sujetos en un doble sentido —la creación de autores e intérpretes, al igual que el establecimiento de nuevas iniciativas disciplinarias. Aparte de transmitir contenido material o información, el propósito de las CSH sería estimular la internalización de *modelos de sociedad* y sentimientos de *comunidad* —tanto académica como social— que valoren la interpretación tanto como la indexicalidad, que nutran la creación de climas de opinión informada tanto como el estudio riguroso de objetos de conocimientos, que afilien las intenciones e identificaciones del autor con la afectividad imaginativa y la presencia de las diferencias culturales del mundo al que se dirigen.

Las agendas regionales e internacionales, la “política” en las organizaciones científicas, la investigación por encargo para la política pública, las prioridades de financiamiento y otros canales de la producción de conocimiento están sumergidos en fuerzas contradictorias que desafían el propósito y aspiración de entender las CSH y diseminar sus contribuciones en distintos ámbitos. Aunque nunca hubo universos intelectuales auto-contenidos sino que siempre estuvieron embebidos en relaciones transnacionales de varios tipos, las interdependencias actuales y los nuevos desarrollos en una escala más global también están afectando la comprensión de las CSH y sus aportaciones a la región y al mundo. En este trabajo exploratorio son más las preguntas que dejamos abiertas que las respuestas particulares a ninguna de ellas. Pero preguntar es parte de la conversación en la que como científicos sociales y fundamentalmente como individuos estamos envueltos, más allá de recursos retóricos y de modas pasajeras.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARES, Claude (1980), *Homo Faber: Technology and Culture in India, China and the West from 1500 to the Present Day*. La Haya: Nijhoff.
- ALTMANN BORBÓN, Josette (2015), *Modelos de desarrollo, alianzas políticas e integración latinoamericana*. Tesis doctoral. Leiden: Repositorio de la Universidad de Leiden, <http://hdl.handle.net/1887/32789>
- BARREIRO, Adriana y DAVYT, Amílcar (1999), *Cincuenta años de la Oficina Regional de Ciencia y Tecnología para América Latina y el Caribe de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (ORCYT/UNESCO). Un análisis histórico de la cooperación en la región*. Disponible en: www.unesco.org.uy/shs/fileadmin/templates/shs/archivos/orcyt50.pdf
- BEIGEL, Fernanda y SABEA, Hanan, comps. (2014), *Dependencia académica y profesionalización en el Sur. Perspectivas desde la periferia*. Mendoza: EDIUNC/SEHIS.

- BHABHA, Homi (2010), *Global Pathways*. Bonn, Berlin: Lecture. Federal Ministry of Education and Research (BMBF) Section 425-Humanities, Social and Cultural Sciences.
- BLOOR, David (1976), *Knowledge and Social Imagery*. Chicago: University of Chicago Press.
- BOD, Rens y KURSELL, Julia (2015), "Introduction: The Humanities and the Sciences", en *Isis*, vol. 106, núm. 2, 337-340.
- BONILLA SORIA, Adrián y ÁLVAREZ ECHANDI, Isabel, eds. (2015), *Desafíos estratégicos del regionalismo contemporáneo: CELAC e Iberoamérica*. FLACSO.
- BOTTO, Mercedes (2015), "La transnacionalización de la educación superior: qué papel juegan los nuevos regionalismos en la difusión de estas ideas? El caso del MERCOSUR (1992-2012) en perspectiva comparada", en *Revista Iberoamericana de Educación Superior (IISUE)*, vol. VI, núm. 16, 90-109.
- COMINI, Nicolás y FRENKEL, Alejandro (2014), "Una UNASUR de baja intensidad", en *Nueva Sociedad*, núm. 250, 58-77.
- DE WIT, Hans; JARAMILLO, Isabel C.; GACEL-ÁVILA, Jocelyne y KNIGHT, Jane (2005), *Educación superior en América Latina: La dimensión internacional*. Bogotá: Banco Mundial, Mayor Ediciones.
- FINNEGAN, Diarmid (2008), "The Spatial Turn: Geographical Approaches in the History of Science", en *Journal of the History of Biology*, núm. 41, 369-388.
- GIDDENS, Anthony (2003), *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestros días*. México: Taurus.
- GINGRAS, Yves y MOSBAH-NATANSON, Sébastien (2010), "Where are social sciences produced?", en *World Social Science Report 2010. Knowledge Divides*. París: ISSC-UNESCO.
- GUBER, Rosana (2002), "Social Anthropology: An Argentine Diaspora between Revolution and Nostalgia", en *Anthropology Today*, vol. 18, núm. 4, 8-13.
- (2007), "Crisis de presencia, Universidad y política en el nacimiento de la antropología social de Buenos Aires, Argentina", en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 43, 263-298.
- HERMITTE, Esther y BARTOLOMÉ, Leopoldo, eds. (1976), *Procesos de articulación social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- KEIM, Wiebke et al. (2014), *Global Knowledge Production in the Social Sciences. Made in Circulation*. Freiburg: Ashgate.
- KREIMER, Pablo y LEVIN, Luciano (2014), "Scientific Cooperation between the European Union and Latin American Countries: Framework Programs 6 and 7", en GAILLARD, Jacques y ARVANITIS, Rigas, eds., *Research Collaborations between Europe and Latin America. Mapping and Understanding Partnership*. París: Editions des Archives Contemporaines.

- y ZUKERFELD, Mariano (2014), “La explotación cognitiva: tensiones emergentes en la producción y uso social de conocimientos científicos, tradicionales, informacionales y laborales”, en KREIMER, Pablo; VESSURI, Hebe; VELHO, Léa y ARELLANO, Antonio, coords., *Perspectivas latinoamericanas en el estudio social de la ciencia la tecnología y la sociedad*. México: Siglo XXI, 178-193.
- LERNER, Bertha (2009), *Banco Mundial. Modelo de desarrollo y propuesta educativa (1980-2006)*. México: Bonilla Artigas Eds., IIS-UNAM.
- LIVINGSTONE, David (1995), “The spaces of knowledge: contributions towards a historical geography of science”, en *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 13, 5-34.
- (2003), *Geographies of Scientific Knowledge*. Chicago: Chicago University Press.
- NAYLOR, Simon K. (2005), “Introduction: Historical Geographies of science -places, contexts, cartographies”, en *British Journal for the History of Science*, núm. 38, 1-12.
- NOWOTNY, Helga, SCOTT, Peter y GIBBONS, Michael (2001), *Re-Thinking Science, Knowledge and the Public in an Age of Uncertainty*. Cambridge: Polity.
- PACHECO DE OLIVEIRA, Joao (2015), *Después de Lévi-Strauss. Por una antropología de escala humana. Una conversación con Bertrand Richard*. México: FCE.
- PERRIER BRUSLÉ, Laetitia (2015), “La integración continental sudamericana, inscripción espacial y dispositivo discursivo. Apuntes desde Bolivia, el país de contactos”, en *Journal of Latin American Geography*, vol. 14, núm. 2, 101-127.
- RAJ, Kapil (2007), *Relocating Modern Science: Circulation and the Construction of Knowledge in South Asia and Europe, 1650-1900*. Houndmills and New York: Palgrave Macmillan.
- RASHED, Roshdi (1997), *Histoire des sciences arabes* (3 volumes). París: Le Seuil.
- RAYNER, Steve (2012), “Umcomfortable knowledge: The social construction of ignorance in science and environmental policy discourses”, en *Economy and Society* (número especial sobre Strategic Unknowns: Towards a Sociology of Ignorance), vol. 41, núm. 1, 107-125.
- RIP, Arie (1998), “Fashions, Lock-ins and the Heterogeneity of Knowledge Production”, en JACOB, Merle y HELLSTROM, Thomas, eds., *The Future of Knowledge Production in the Academy*. Buckingham: Society for Research into Higher Education and Open University Press, 28-39.
- RODRIGUEZ-MEDINA, Leandro (2013), *Centers and Periphery in Knowledge Production*. New York: N.Y. Routledge.
- y EMERSON, R. Guy (2015), “The Periphery Strikes Back? The Subtlety of Latin American Power in the United States”, en *Latin American Policy*, vol. 6, núm. 2, 340-358.

- SANAHUJA, José Antonio (2010), “Estrategias regionalistas en un mundo en cambio. América Latina y la integración regional”, en DEL ARENAL, Celestino y SANAHUJA, José Antonio, coords., *América Latina y los Bicentenarios: una agenda de futuro*. Madrid: Fundación Carolina/Siglo XXI, 451-523.
- SCHMIDT, Vivien A. y RADAELLI, Claudio M. (2004), “Policy Change and Discourse in Europe: Conceptual and Methodological Issues”, en *West European Politics*, vol. 27, núm. 2, 183-210.
- SHAPIN, Steven (1998), “Placing the view from nowhere: Historical and sociological problems in the location of science”, en *Transactions of the Institute of British Geographers*, vol. 23, núm. 1, 5-12.
- y SCHAFFER, Simon (1985), *Leviathan and the air-pump. Hobbes, Boyle, and the experimental life*. Princeton: Princeton University Press.
- SHEININ, D. (2000), *Beyond the Ideal: Pan-Americanism in Inter-American Affairs*. Westport, Conn.: Greenwood Press Contribution to Latin American Studies.
- SMITH, Crosbie y AGAR, Jon, eds. (1998), *Making Space for Science: territorial themes in the shaping of knowledge*. Basingstoke: Macmillan.
- SÓRLIN, Sverker y VESSURI, Hebe (2007), *Knowledge Society vs. Knowledge Economy. Knowledge, Power, and Politics*. New York: Palgrave.
- STIGLITZ, Joseph E. (2003), *Globalization and its Discontents*. Nueva York: W. W. Norton & Co.
- VESSURI, Hebe (2011), “La actual internacionalización de las ciencias sociales en América Latina: ¿vino viejo en barricas nuevas?”, en KREIMER, Pablo y ARELLANO, Antonio, eds., *Estudio social de la ciencia y la tecnología desde América Latina*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- y BUENO CASTELLANOS, Carmen (2015), “Institutional re-structuring in the social science world: seeds of change”, en KUHN, M. y VESSURI, Hebe, eds., *The global social science world- under and beyond ‘Western’ universalism*. Stuttgart: Ibidem.
- WEINGART, Peter (2008), “How robust is “socially robust knowledge”? In Martin Carrier, Don Howard, and Jeff Kourany”, en *The Challenge of the Social and the Pressure of Practice: Science and Values Revisited*. Pittsburgh: Pittsburgh University Press.
- y SCHWECHHEIMER, Holger (2007), “Conceptualizing and measuring excellence in the social sciences and humanities”, en Global SSH (Research Collaboration in the Social and Human Sciences between Europe, Russia, the CIS countries and China). Disponible en: <http://pub.uni-bielefeld.de/luur/download?func=downloadFile&recordOID=2468621&fileOID=2551703>. Consultado el 10 de junio de 2015.